

Experiencia de

fe

en un reclusorio



Mi nombre es Juan; mi formación cristiana comienza desde muy niño, la cual empezó con mi mamá al enseñarme, las oraciones básicas (Padre nuestro, ave María, etc.) así como amar, respetar y sobre todas las cosas serle fiel a nuestro Señor. En la escuela primaria aprendí en la materia de religión durante los seis años los valores y virtudes; sobre el evangelio de Jesús (mensaje). Las enseñanzas de las hermanas franciscanas de un colegio, ubicado en la delegación Coyoacán D.F. me encaminaron a encontrarme con nuestro Señor por primera vez.

Como todos los seres humanos, padecemos carencias en algún momento de la vida, mi familia y yo sufrimos carencias que solo nuestro Señor y la fe puesta en él nos salvó y marco hacia un camino de humildad y sencillez; pero con muchas ganas de poder salir adelante y el deseo de poder ayudar a todas las personas de mi alrededor.

Cuando llegué a la adolescencia, ya con la fe puesta en Cristo, me encamine hacia un mejor sendero el cual me iluminó Jesús. Al realizar mis estudios de bachillerato, como todo joven con inquietudes, anhelos y deseos de superación, me acompañaba un gozo extraño en mi interior, aún si tuviese muchos problemas, acudía a rezar y orar frente al santísimo poniendo en Él toda mi esperanza.

A pesar de las carencias Dios nos acompañó y ayudó a mi mamá, para permitirme realizar y concluir mis estudios universitarios y de especialidad; eso sí, siempre acompañado de la fe hacia Dios y el amor de mi Madre.

Con esta idea, me tocó participar en grupos del Movimiento Urbano Popular, con el deseo de buscar la ayuda hacia los más necesitados; así como tratar de satisfacer las necesidades más apremiantes y básicas (casa, vestido, alimento y educación) siempre contando con el apoyo de nuestro Señor Jesús.

Esto último condicionó que las envidias, rencores y malas vibras, así como la ambición de grupos políticos buscaran inculparme injustificadamente y así lograr frenar todas las actividades que realizábamos en beneficio de las comunidades más necesitadas.

La fe puesta a prueba

En un momento de mi vida y de mi labor de servicio fui acusado, señalado y denigrado por una culpa de la cual no conocía, no vi, ni estuve presente. Sentí como el buen Job: el aislamiento de la gente, me señalaban, insultaban y me agregaban más cosas inventadas. Se apoderó de mí una gran tristeza, desesperación e impotencia al no poder hacer nada por esclarecer mi caso y palpar el sufrimiento que le causaba a mi familia (misma que no tenía nada que ver en esta situación).



Siempre puse toda mi esperanza en Dios, así que Él me animaba a pesar del lugar donde estaba. Al entrar al reclusorio, comencé a pedirle que me guiara siempre por el mejor camino. Como era inocente le pedí a Dios que señalara a que me había enviado a la cárcel.

Doy testimonio que Dios me envió a evangelizar, catequizar, estimular y a mostrarle a todos los demás internos, el camino hacia Jesús. Además de ser testigo de su amor hacia los necesitados: de amor a quienes se encontraban sumidos en la tristeza, angustia y soledad. Testigo de algunos milagros (por la fe) al permitir la salida anticipada de casos casi perdidos, recibir los sacramentos a aquellos que eran considerados los peores y recomenzar un cambio en su vida (al dejar las drogas , reencontrarse con sus familias, etc.)

En mí, Dios puso toda su fuerza a través del Espíritu Santo, el cual me permitió realizar todas estas actividades, como coordinador interno de la pastoral penitenciaria y llevar a cabo esta misión a pesar de los obstáculos puestos por los propios compañeros presos, trabas de algunos agentes de pastoral externos y las autoridades penitenciarias; siempre estuvo y estará esa fe y gozo para realizar todo mi compromiso hacia el Señor.

E l gran milagro

Ocurrió cuando nos entregaron una capilla dentro del centro penitenciario, la cual permite alejarnos de todo ese mundo lleno de maldad, rencor y odio; este símbolo de reunión y fe constituye una flor en el pantano; y que ahora todo el trabajo de 8 años tenga fruto, tanto como en el número de asistentes, personas internas catequizadas y de todos aquellos que han recibido sus sacramentos.

En el ámbito familiar el servicio prestado con fe y devoción, permitió que todos los problemas (económicos, sociales, salud, etc.) se resolvieran.

Por otro lado en la medida de mis posibilidades siempre pude apoyar a los más necesitados y con ello mi fe al compartirla se acrecentó. Este es un gozo que llevo conmigo al colaborar con Dios en su proyecto.

Al final, Dios y su voluntad me han permitido ser una persona libre física y espiritualmente; pero gracias a Él y a sus designios a veces incomprensidos por nosotros, nunca olvidaré su amor a todos, especialmente en aquellos que padecen una realidad de vulnerabilidad. Hoy puedo decir, que he contemplado y reconocido al Cristo preso que se encuentra en esos lugares tan alejados de la fe.

En profundo agradecimiento y apego a Dios, les he compartido mi experiencia de fe. Misma que a pesar del dolor vivido, experimenté la libertad y felicidad interior.

Juan Sierra Jiménez.